

Asistamos, pues, al sacrificio de la santa misa con una fe muy viva, y ésta sabrá despertar los más nobles y delicados sentimientos: la humildad, la esperanza, el amor, la compasión y la ternura, y la más afectuosa devoción, y sacaremos del santo sacrificio copiosísimos frutos de virtud y gracia, y entonces muy lejos estarán de nuestras almas la indiferencia y el fastidio, la falta de atención y de respeto, que tantas veces tenemos que lamentar en nuestros templos. Acerca de la reverencia que nos pide el tremendo misterio de nuestros altares, dícenos la Iglesia lo que sigue: Fácilmente podrá comprenderse cuánto sea el cuidado que debe ponerse en el sacrosanto sacrificio de la misa, á fin de celebrarlo con todo el culto y la veneración que se pueda, si se considera que la Sagrada Escritura llama maldito al que ejecuta con negligencia la obra de Dios; y si necesariamente confesamos que ninguna otra obra puede ejercitarse por los fieles cristianos tan santa ni divina como este tremendo misterio, en el que todos los días se ofrece á Dios en sacrificio por los sacerdotes en el altar aquella hostia vivificante, por la que fuimos reconciliados con Dios Padre, déjase ver con toda claridad que debe ponerse todo cuidado y diligencia en ejecutarla con toda la inocencia y pureza interior de corazón y con las exteriores manifestaciones de devoción y de piedad que se pueda (1).

(1) Trid. Sess. XXII, *De observandis et evit. in celebr. Misae.*



CAPÍTULO X

LA SAGRADA COMUNIÓN

I

LA Comunión, la Comunión... ¡Qué maravilla es esta que siempre nos oculta sus misterios aunque pensemos en ella con frecuencia y la recibamos diariamente! ¡Qué encantos y delicias son los suyos, que nunca se pueden agotar!

Sus misterios. Comulgamos recibiendo en nosotros el cuerpo y la sangre del Señor: esta es la Comunión; mas ¿dónde está el misterio? Jesucristo, al hablar de la divina Eucaristía, se expresó en estos términos: Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas este es el pan que descende del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo... Quien

come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día; porque es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por mí (1). Vivimos en Dios y por Dios, mediante la sagrada Comunión, y Él vive en nosotros. La vida que nos comunica es en algún modo semejante á la que Él recibe de su Padre. Ahora bien: ¿podremos comprender de qué manera las corrientes de la vida divina de Jesús penetran en nuestra alma y la alientan con un vigor que le es desconocido, y la transforman en Aquel de quien todo lo recibe, que todo lo sostiene?

Mediante la Sagrada Comunión, permanecemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros; vivimos en Él y por Él. Estamos en el Señor cuando somos sus miembros; está Él en nosotros cuando somos su templo. Para que seamos sus miembros, la caridad debe unirnos con Él, y ésta se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado; es, pues, este divino Espíritu quien nos vivifica; quien da la vida á nuestros miembros, y esto no sucede si tales miembros están separados del cuerpo que vivifica aquel Espíritu. Mas sólo el cuerpo de Cristo vive de su espíritu, y

(1) Joann., VI, 48 et seq.

aún más, ese cuerpo no puede vivir sino de aquel espíritu. Quien quiere, pues, vivir, tiene en donde viva, y tiene también de donde viva (1).

Hablándonos de esta divina comunicación de la vida de Cristo, decía el Apóstol: Crezcamos en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el cuerpo místico de los fieles, trabado y conexo entre sí por la fe y la caridad, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad, y según la medida correspondiente á cada uno de sus miembros (2).

Cuando recibimos al Señor en nuestro pecho vivimos en Él y por Él. Vivir en Él: para esto es indispensable animarnos de sus mismos sentimientos. Habéis de tener en vuestros corazones, decía el Apóstol, los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo (3). Pensar, sentir, querer como Él; he aquí lo que produce en nosotros la Sagrada Comunión; mas esto no se realiza sin el auxilio del Señor, que hace brillar su omnipotencia y nos descubre los encantos de su bondad amabilísima en esa obra de su gracia. Todas nuestras obras, oh Señor, Tú nos las hiciste, dijo Isafas (4); y, sin embargo,

(1) S. August. tract. XXVI-XXVII.

(2) Ephes. IV, 15, 16.

(3) Philipp. II, 5.

(4) XXVI, 12.

también nosotros las hacemos; y por esto decía el Apóstol: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mí; antes he trabajado más copiosamente que todos los Apóstoles; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo (1); Dios, que es el que obra en nosotros, así el querer como el ejecutar, según su buena voluntad (2). ¿Cómo se verifica lo que acabamos de decir en nuestras almas? Sólo tenemos que contestar que Dios es la causa primera y que la libertad no sufre la menor violencia en sus operaciones; y esto nos es suficiente para bendecir á Dios y darle gloria por las maravillas de su gracia. Bendito sea Él que así se nos acerca por su acción divina y nos deja el mérito de las buenas obras.

Pensar, sentir, querer como el mismo Jesucristo; todo esto es, en verdad, una maravilla encantadora, porque los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su juventud (3); mas la Sagrada Comunión eleva nuestros pensamientos hasta el cielo y nos llena de generosidad y de nobleza y enciende nuestros corazones con las llamas del amor divino. Poder y bondad, y gracia de Dios que se derraman en nuestras almas con una largueza incomparable; esto es lo que descubrimos en la Sagrada Comunión; mas esto no

(1) I. Cor. XV, 10.

(2) Philip. II, 13.

(3) Gen. VIII, 21.

se nos presenta en toda su grandeza ni con el brillo purísimo de su virtud, sino al través de cándidos velos que jamás se descorren en la presente vida.

Contemplemos ahora la sagrada Comunión desde otro punto de vista. La Iglesia al, pensar en la Encarnación del Hijo de Dios, exclama llena de asombro: ¡Oh Señor, por librar al hombre del pecado, Vos no tuvisteis horror al seno de una Virgen! y, sin embargo, esa Virgen fue la preferida de Dios entre todas sus criaturas; inmaculada y santa, y llena de gracia y virtud desde su primer instante, fue prevista desde la eternidad entre las divinas complacencias del Altísimo; y la existencia de esa Niña de Dios fue determinada en el mismo decreto de la Encarnación; ¿cuál, pues, tendrá que ser nuestro asombro al pensar que el Hijo del Altísimo, santidad por esencia y fuente de toda pureza, no entra solamente en el seno de los que siempre han conservado la inocencia, sino también en el de aquellos que en otro tiempo se mancharon con todas las abominaciones de la culpa? No, no es dable comprender una generosidad tan llena de misericordia y de dulzura.

Los escribas y fariseos murmuraban de Jesucristo, al ver que Su Majestad comía y bebía con los pecadores; mas, si esto nos revela la bondad incomparable del Señor, ¿qué nuevos tesoros de esa misma bondad no nos descubre la sagrada Comunión? No sólo conversa con

nosotros y se sienta á nuestra mesa, por decirlo así, sino que se digna alimentarnos con su misma carne y con su sangre preciosa. Cuando Jesús anunciaba el gran misterio de nuestros altares, y decía estas palabras: Mi carne es verdadero manjar y mi sangre es verdadera bebida; el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo, dijeron los judios: ¿cómo puede darnos á comer su carne? Y muchos de sus discípulos dijeron también: Es dura esta doctrina, y ¿quién puede escucharla? La doctrina del Divino Maestro no era dura en manera alguna; pero revelaba un amor tan grande, tan noble y generoso, que aquellos hombres no la podían comprender. Nosotros, con espíritu muy diferente, preguntamos también: ¿cómo puede el divino Jesús darnos á comer su carne y á beber su sangre? Y al preguntarlo no desconocemos la virtud del que es omnipotente; ponemos, sí, los ojos en su infinita grandeza, y pensamos en nuestra nada y en la ignominia de todas nuestras culpas, y no hallamos como explicar la bondad infinita de Jesús para con nosotros. Él es quien es, y el amor que nos tiene le ha hecho como salir de sí mismo. ¡Cómo pagaremos su inmensa caridad! La más sincera y profunda gratitud, y todo nuestro amor, y nuestra vida, y cuanto somos, consagrado á su divina gloria, lo tendremos cual si nada fuese; y como nada, en verdad, debemos tenerlo, ya que no hay comparación alguna entre el miserable sér de la

criatura y la grandeza infinita del amor divino con que Jesús se ha dignado honrarla.

La sagrada Comunión es una dádiva preciosa de los cielos; no sólo por su infinita riqueza, sino también por la generosidad con que se nos da, nos obliga enteramente con nuestro Señor amorosísimo. En efecto, para justificarnos y salvarnos no era indispensable que el Señor nos diese á comer su carne y á beber su sangre; mas Él lo quiso así á fin de derramar en nuestras almas casi sin medida las riquezas de su amor. Todo esto nos llena de asombro y nos confunde; y sin embargo todavía parece que aquel amor no quedaba satisfecho con tanta largueza; y he aquí que aquella dádiva del cielo tenemos que aceptarla como un deber sagrado, y si así no lo hiciésemos seríamos culpables á los ojos de Dios. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros, nos dijo el Maestro divino. Así es como trata de rendirnos; así nos encadena su amor dulcísimo. ¡Con qué palabras podremos expresar cumplidamente la grandeza de este amor, y su benignidad y su dulzura incomparables! Por otra parte, tales palabras nos llenan de confusión y de vergüenza. Bien conocía el amorosísimo Jesús cómo habríamos de corresponder á su ternura inmensa: con una ingratitud incomprensible; mas quiso sobrepularla; quiso ahogar nuestras iniquidades y pecados en un océano de misericordias infinitas. Después de esto, ¿dejaremos de rendirnos á su

amor? Que éste triunfe de nosotros y reine para siempre en nuestras almas.

II

Siendo de altísima importancia en la vida cristiana la sagrada Comunión, bueno será que tratemos de las disposiciones con que debe recibirse; de la manera de aprovechar aquel tiempo precioso que tenemos con nosotros á Jesús, y finalmente, de las acciones de gracias que le debemos por esa dádiva tan regalada y amorosa de su bondad divina.

Si no conviene que alguno se presente á las funciones sagradas sin llevar consigo santidad y pureza; cuanto es más notoria á los cristianos la santidad y divinidad de este sacramento celestial, con tanta mayor diligencia deben procurar el recibirlo con gran respeto y santidad, principalmente teniendo en cuenta estas terribles palabras de San Pablo: Quien come y bebe indignamente, come y bebe su condenación; pues no hace diferencia entre el cuerpo del Señor y los otros manjares. Por esta causa, quien ha de comulgar, recuerde el precepto del mismo Apóstol: Reconózcase el hombre á sí mismo. La costumbre de la Iglesia declara que es necesario este examen, para que ninguno, sabedor de que está en pecado mortal, se pueda acercar á recibir la sagrada Eucaristía, aunque le parezca que está muy contrito, sin

disponerse antes con la confesión sacramental. Esto ha decretado el Concilio de Trento, á fin de que se observe perpetuamente por todos los cristianos (1).

La principales disposiciones que se necesitan para acercarnos como conviene á la Mesa del Señor, son las siguientes: humildad, pureza y amor.

Nuestro Señor amorosísimo, en virtud de su ardiente caridad para con nosotros, se ha dignado humillarse hasta el extremo de dárse nos en alimento; mas esto en nada disminuye su grandeza, que es inmutable y eterna. La fe nos asegura que Él es el creador del cielo y de la tierra, que es el Unigénito del Padre, que está sentado en lo más alto de los cielos á la diestra de la Majestad, y que las columnas del cielo se estremecen y tiemblan á una de sus miradas (2). Esta grandeza infinita de Jesús, su majestad santa y adorable tiene que humillarnos hasta el polvo. ¿Quiénes somos nosotros para estar en su presencia, quiénes para recibirle en nuestro corazón? Este corazón ha sido mil veces, no el trono de Dios, sino la morada del pecado, la fuente cenagosa y corrompida de mil iniquidades y abominaciones; y ¿podremos acercarnos á recibir el santísimo cuerpo de Jesús sin una humildad muy grande, sin reconocer que somos muy indignos de la Comunión, sin implorar sus

(1) Sess. XIII, cap. VII.

(2) Job, XXVI, 11.

misericordias y sin arrepentirnos de todas nuestras culpas?

En el libro de Job hallamos estas palabras: ¿Acaso un hombre comparado con Dios será tenido por justo, ó podrá creerse más puro que su Hacedor? No han sido firmes sus mismos ministros, y halló culpa en sus ángeles... Aun cuando tuviese yo alguna cosa que alegar por mi parte, decía Job, no la alegaré, sino que he de implorar la clemencia de mi Juez...; si yo quisiere justificarme, me condenará mi propia boca, y si yo me quisiere manifestar inocente, Él me convencerá de reo (1). En Isaias hallamos lo siguiente: Todos nosotros venimos á ser como un inmundo leproso, y todas nuestras obras de justificación como un sucio y asqueroso lienzo (2). Pensemos un instante en esas expresiones, y acordémonos después de nuestras culpas. ¿No quedaremos profundamente humillados? Y la humildad de nuestras almas nos hará exclamar una y otra vez, antes de acercarnos á la sagrada Comunión: Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pecho; y el dolor más vivo y penetrante de nuestros pecados nos hará llorar al pie de los altares. La humildad que ha puesto delante de nosotros todas nuestras culpas, nos inclina también á detestarlas con todo el corazón. Tened piedad de mí, oh Señor, que soy un gran pecador, ten-

(1) IV, 17, 18.—IX, 15-20.

(2) LXIV, 6.

drá que decir cada uno de nosotros en esos instantes.

La humildad y el dolor de nuestras faltas no nos alejan de la sagrada Comunión, porque al mismo tiempo nos descubren la misericordia infinita de Jesús, que no está en la divina Eucaristía para juzgar al mundo, sino para salvarlo y para socorrer á los miserables pecadores que se acercan á Él con un corazón contrito y humillado.

La humildad, la contrición, bellísimas disposiciones para acercarnos á la santa Mesa; no, Dios jamás depreciará al que así se acercare á recibirle. Humillémonos, pues, cuanto podamos antes de recibir en nuestro pecho al que es Dios de infinita santidad, y ejercitémonos en actos de una perfecta contrición de nuestras culpas, y será para nosotros la santa Comunión una fuente inagotable de divinas gracias.

La sabiduría, dice en el Libro de los Proverbios, se fabricó una casa y labró siete columnas; inmoló sus víctimas para el convite; compuso el vino y preparó la mesa. Envió sus criados á convidar que viniesen al alcázar, y desde las murallas de la ciudad daba voces diciendo: Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado (1). He aquí el convite de la divina Eucaristía; para acercarnos á ella es indispensable llevar el traje de gala, el vestido que se exige en tales circunstancias. No debe-

(1) IX, 1-5.

mos sentarnos á esa Mesa, en verdad espléndida, ni asistir al suntuoso banquete á que Dios nos convida, si no es que podamos hacerlo convenientemente; de otra suerte, bien podemos temer que se nos diga: ¿Cómo habéis entrado sin el traje de boda?

Al participar de la Mesa del Señor, sin duda alguna debemos ir con la mayor santidad que sea posible. La boca que se llena de fuego espiritual, dice el Crisóstomo, y la lengua que queda enrojecida con la sangre del Cordero de Dios, deben ser más puras y brillantes que los rayos del sol. Piensa en el honor con que Dios te distingue, considera la Mesa á que te hallas sentado. Los ángeles contemplan este misterio del divino amor, y llenos de asombro, no se atreven á poner en Él sus ojos libremente, por los vivos y ardientes resplandores que despiden; y nosotros nos apacentamos con la carne inmaculada y santa de Jesús, nos unimos á Él y somos su cuerpo y su carne. ¿Quién podrá cantar el poder del Señor, haciendo que lleguen sus alabanzas divinas hasta el término del mundo? Por esto nadie tiene que acercarse á la sagrada Mesa tibio ó disipado, sino al contrario, encendido, fervoroso, y abrasada el alma en las vivas llamas del amor de Jesucristo (1).

A la humildad y á la pureza tenemos que añadir el amor de que acabamos de hablar, á fin de prepararnos dignamente para recibir la sa-

(1) Hom. LX, ad pop. Antioch.

grada Eucaristía. Antes de recibir el cuerpo del Señor, preciso es suspirar por esa inmensa dicha, y desearla con todo el ardor de nuestro pecho. Como el siervo sediento desea las fuentes de las aguas, decía David, así, oh Dios mío, mi alma te desea. Está sedienta de Vos, que sois todo su bien. ¡Cuándo llegará el instante de teneros en mi pecho!—¿Qué cosa puedo apetecer del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Tí, oh Dios mío? Mi carne y mi corazón desfallecen, oh Dios de mi corazón; Vos sois mi herencia por toda la eternidad (1). Estos suspiros de amor, estos deseos por tener con nosotros á Jesús, nos harán pensar en su bondad infinita, en su hermosura arrobadora y santa, y saldrán del fondo del alma voces de amor purísimo y ardiente que llamen á Jesús y le supliquen con los más humildes y fervientes ruegos que venga á visitarnos; y si Él tardare, nos humillaremos más y más en su presencia, confesando que no merecemos recibirle, y la humildad y el amor le harán venir lleno de misericordia y de bondad, á fin de enriquecernos con sus gracias. Después de haberle recibido, ¿qué haremos con el amor de nuestras almas? Aquellos momentos que le tenemos con nosotros son preciosos, y no hay que dejarlos pasar inútilmente. Pensaremos en su infinita grandeza, á fin de admirar y agradecer el amor que nos tiene.

(1) Ps. XII, 2, 3.—LXXII, 25, 26.

Nos humillaremos más y más en su presencia, ya que somos tan indignos de tenerle con nosotros; y al acordarnos de los pecados con que le hemos ofendido, los lloraremos con el dolor más amargo y profundo. ¡Así es como paga Dios á los ingratos!, tendremos que decir al ver el amor que nos dispensa. Ha olvidado todas nuestras culpas, y sólo se acuerda que su bondad es infinita. Esto es lo que entonces debe excitar en nuestras almas la contrición más viva y los propósitos más firmes de nunca volver á ofenderle.—Después vendrá el amor con todos sus encantos y con la más delicada ternura á rendirse á los pies de Jesucristo; á consagrarse enteramente á su servicio, y á revelar, en fin, toda la sinceridad de sus afectos. Sois todo mío, le dirá, y yo soy enteramente vuestro; os amo sobre todas las cosas, y todo lo renuncio á fin de amaros con todas mis fuerzas. Mandad, que quiero obedeceros; cumplid en mí vuestra santa voluntad.

En ese tiempo precioso en que tenemos á Jesús en nuestro pecho, debemos pedirle el socorro y alivio de todos nuestros males; que nos dé luz para conocerle y fortaleza para vencer nuestras pasiones; que nos inflame más y más en su divino amor y nos dé la perseverancia final en su gracia.—Él es, bien lo sabemos, Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, y viene á visitarnos para enriquecernos de sus gracias; pidámosle, pues, cuanto necesitemos con mucha humildad y confianza.

Después de haber comulgado debemos manifestar á Nuestro Señor amorosísimo la más delicada y sincera gratitud, porque se ha dignado entrar en nuestro pecho con un amor tan grande. Este es nuestro deber; mas, por desgracia, muy pocos son los que lo cumplen; y ¿de dónde proviene que de esta manera nos portemos con Dios Nuestro Señor? Nuestra ceguedad, la falta de reflexión sobre ese acto importantísimo de la vida cristiana, explicará nuestra indigna conducta en esta materia. Si conocieras el dón de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido á Él, y Él te hubiera dado agua viva (1). Así hablaba Jesucristo á la Samaritana, y así también podemos expresarnos al hablar de la sagrada Comunión. Si conociéramos con fe viva y ardiente la grandeza del beneficio que Jesús nos dispensa al entrar en nuestro corazón; si reflexionásemos cuánto es lo que su amor nos obliga con la dádiva preciosa de su cuerpo y sangre; si pusiéramos delante de los ojos las riquísimas gracias y mercedes que podemos alcanzar de Dios cuando le hemos recibido, y los bienes de que nos privamos al separarnos de su presencia y al retirarnos de la Iglesia sin detenernos en ella el tiempo conveniente para la acción de gracias, sin duda alguna sería muy distinto nuestro proceder.

No nos cansemos, no nos fastidiemos de dar

(1) Joann., IV, 10.

gracias muy despacio á Dios Nuestro Señor por el gran beneficio que se ha dignado hacernos entrando en nuestro corazón. Hemos gustado la dulzura de Dios en su principio, la suavidad espiritual en su misma fuente. Traigamos á la memoria estas palabras de los Sagrados Libros, en que se nos habla de la divina Sabiduría: La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas... Entrando en mi casa hallaré mi reposo en la Sabiduría, porque ni en su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino antes bien, consuelo y alegría (1). Mas no gustaremos las delicias del amor de Dios ni la suavidad con que alegra nuestras almas en la santa Comunión si sólo damos gracias por tan señalado beneficio leyendo muy de prisa unas cuantas oraciones, y saliendo luego del templo nos ocupamos en los negocios de la tierra, olvidándonos enteramente que aquel día el Señor se dignó visitarnos. El día que comulgamos debe ser de recogimiento y de oración, de santos y dulces recuerdos, de tierna y amorosa gratitud. Este día debemos decirnos: He recibido en mis entrañas á mi Dios querido; ¿olvidaré las caricias de su santo amor? ¿Seré infiel á los propósitos que hice al desear tenerle conmigo?

(1) Sap. VII, 10, 11.—VIII, 16.

De esta manera la Comunión será para nosotros fuente inagotable de santas bendiciones, Jesús hará que oigamos su voz consoladora en el fondo de nuestra alma. Él nos dirá: Quien come mi carne y bebe mi sangre permanecerá en mí y yo en él, y alcanzará la vida eterna.

